



manuel olimón nolasco

historiador

LUTERO Y LA REFORMA: CAMINO CUESTA ARRIBA.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

1.- La Iglesia y los cristianos, sometidos a la autoridad secular.

De Worms salió Lutero con una victoria a medias. Tuvo que retirarse al castillo de Zwickau, donde encontró protección. No obstante, su carácter activo y los rumores que ahí le llegaban acerca de que se habían desatado las amarras que contenían a muchos espontáneos predicadores "protestantes" y en especial de uno, Theodor Münzer, sacerdote "iluminado" que anunciaba la implantación del "Reino de Cristo" sin autoridades y al modo de comunismo primitivo, lo hizo salir de su reclusión para predicar la moderación en 1522. Escribió antes a su protector Federico de Sajonia diciéndole que había aceptado retirarse pero que no lo había hecho por miedo y le proponía también moderación ante la autoridad de Carlos V.

El doctor Martín llevó adelante jornadas exitosas de predicación, pero no pudo acallar corrientes que corrían ya por caminos propios: los anabaptistas iluminados que predicaban una Iglesia invisible sólo para elegidos e individualistas místicos, prácticamente sectarios, que no se reconocían en alguna Iglesia.

Por esos años y en gradual aumento hasta 1525, se desarrolló también un movimiento de campesinos contra los señores territoriales. Observador un tanto lejano, Lutero integró una teoría según la cual hay oposición completa entre la vida espiritual y la vida material y entre la Iglesia y el Estado, de modo que en las cuestiones materiales, externas, sólo el último tiene autoridad. La Palabra no es para el cambio social: "El Evangelio no se ocupa de las cosas temporales, ni de saber si la justicia reina sobre la tierra, o lo que hay que hacer para que reine. Enseña al cristiano a sufrir,

a padecer, experimentar la injusticia, llevar la cruz...si no, no es cristiano". (Fèbvre, p. 217). Así, cuando los campesinos acudieron a él como "campeón y paladín del Evangelio", recibieron el rechazo más contundente: "La única libertad que debe preocuparles es la libertad interior; los únicos derechos que pueden reivindicar legítimamente son los de la espiritualidad". (P. 226). No hace falta insistir en la decepción y el escándalo que causó esa actitud y la claridad con la que quedaron marcadas las diferencias para el futuro entre el catolicismo y el protestantismo en materia de autoridad del Estado.

2.- "Hay que hacer lo contrario de lo que el diablo prohíbe".

No fue fácil para Lutero optar por el matrimonio. Si lo hizo, fue para "no obedecer al diablo", o sea, a la Iglesia romana que prescribía el celibato. En 1525 se casó con "la dulce y dócil Catalina de Bora". En carta al tío de ésta, Schuldorp, explicó: "Me he casado, y con una monja. Hubiera podido abstenerme y no tenía razones especiales para decidirme. Lo he hecho para burlarme del diablo y de sus escamas, los hacedores de obstáculos, los príncipes y los obispos, pues son bastante locos para prohibir a los clérigos que se casen". (Cita en Fèbvre, p. 243).

Por estos años continuó el reformador sus escritos y su toma de posición cada vez más del lado de los poderes temporales y se recrudeció su antirromanismo ayudado por panfletos y grabados caricaturescos que se regocijaban de dibujar al Papa con cabeza de asno o como monstruo deforme y animalesco. Calificó al papado como "excremento del diablo" y escribió una carta ficticia a Paulo III: "Caro borrico, tú no tienes fe ninguna; ni tú ni tus hijos, cardenales y familia de la corte romana respetan a Dios porque son puercos epicúreos, igual que sus predecesores...Llevan vida de ignominiosa lascivia...son indoctos en la Escritura, como torpes asnos...Estos condenados bellacos quieren persuadir a todo el mundo que ellos son cabeza de la Iglesia, madre de todas las iglesias y maestros de la fe..." (Cita en García Villoslada, II, pp. 545s).

Ese furor, sin embargo, no tuvo el efecto quizá intentado ni entre los protestantes. Ulrico Zwinglio, y más adelante Melanchton, vertebraron, limando asperezas, la teología que había de conducir adelante al protestantismo. El propio Martín llegó a decir, en sus "Charlas de sobremesa" no sin nostalgia: "Desenseñar el Papa a la gente es más difícil que enseñarles a Cristo".

3.- Balance de una vida y una obra.

Lutero pretendió una Iglesia de Pentecostés, o sea, donde rigiera el idioma del Evangelio. La multiplicación de anunciadores en lo que iba siendo la corriente protestante, construyó más bien

una nueva Torre de Babel, la confusión de las lenguas. En una cena que tuvo el reformador con Melancton, "...los dos estaban tristes. Hablaban del porvenir. '¿Cuántos maestros diversos seguirá el siglo próximo?', interrogaba el doctor. La confusión llegará al colmo. Nadie querrá dejarse gobernar por la opinión o la autoridad de otro...Lo mejor sería que los príncipes, por un concilio, previniesen tales males..."(Fèvbe, p. 264). El Concilio--Trento--sin embargo, fue convocado por Paulo III y no asistieron a él protestantes.

No es posible dejar de notar cierta nostalgia por el orden, por una guía de magisterio y, ¿por qué no?, más en el fondo, sin expresarlo, del sacerdocio, de la Eucaristía y de la comunidad viva fundada por Cristo en la Cruz, en la resurrección y en la jornada espléndida de Pentecostés, del envío a perdonar los pecados.

Concluyo con el padre García Villoslada: "Duele analizar las últimas erupciones de un corazón volcánico, pero parece necesario para conocer a aquel hombre excepcional que unas veces volaba como un ángel por el cielo azul y otras se revolcaba en el fango como una bestia. 'Los alemanes somos bestias', repetía..." El 22 de febrero de 1542 se celebró el funeral de Lutero. Escribió en su reseña Jonas Coelius: "...predicó y confesó a Cristo. El Espíritu Santo le dio ánimo y corazón para luchar en tantas y tan altas batallas contra el Papa y contra todas las puertas del infierno...[Era la] festividad de la Cátedra de San Pedro. En las basílicas de Roma como en las demás iglesias de la cristiandad, se cantaba la gran promesa de Cristo: 'Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno'". (Pp. 539. 581).